



LA

CHICA

ARCOÍRIS

Aida Martí Lluch

AKANE
EDITORIAL



LA CHICA ARCOÍRIS

Aida Martí Lluch

AKANE
EDITORIAL

La chica arcoiris

Primera edición: junio de 2025.

© de la obra: Aida Martí Lluch

© de la corrección: Estrella R. Regidor y Eva María Godoy Escalante

© de la corrección de galeradas: Elisa Rivero Díaz

© de la cubierta: @laranna_art

© de las ilustraciones interiores: @laranna_art

© de las ilustraciones de separadores: Ángela Hita Jerez (@kaiya_paint)

© de las guardas: Freepik

© de la maquetación: Vanesa Marco

© 2025, Akane Editorial

www.akaneeditorial.com

ISBN: 978-84-19305-29-9

IBIC: YFB

Depósito Legal: Z 783-2025

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

Esta obra ha recibido una ayuda a su creación del Ministerio de Cultura a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura



A todos los que luchan día a día como Eleanor.

Y a los que lucharon y ya no están.

Sois las personas más valientes del mundo.

A ti, Iriana.

The page is decorated with various star symbols and constellations. In the top left, there is a small constellation of three stars connected by lines. In the top right, there is a larger constellation of five stars connected by lines. In the center, the word "PRÓLOGO" is written in a bold, sans-serif font. Below the title, there is a constellation of five stars connected by lines. On the right side, there is a vertical line of five stars. On the left side, there is a vertical line of five stars. At the bottom, there are several individual stars and small constellations scattered across the page.

PRÓLOGO

Ben no podía despegar la mirada del pecho de Eleanor.

A pesar de lo que pudiera parecer, ese gesto no poseía una connotación erótica ni sexual. Ben no podía despegar la mirada del pecho de Eleanor porque necesitaba asegurarse de que seguía respirando. Lo hacía con tanta suavidad que a veces se perdía alguna de sus inspiraciones y el pánico se adhería a él.

«No, por favor. No, por favor».

Se levantó de la silla como un resorte y se acercó a su lado, aunque Eleanor no se enteró. Estaba completamente dormida. La habían sedado horas atrás para quitarle el dolor. Al ver la respiración frágil y prácticamente invisible, pero existente, Ben se relajó.

(No mucho, casi nada).

Inconscientemente, se llevó la mano hasta la oreja izquierda y jugueteó con ella, exteriorizando así los nervios que le comían por dentro.

Estaban en una habitación de hospital. A un lado había un ventanal enorme y la luz se derramaba a raudales sobre el linóleo blanco.

«Raudales». Ben saboreó la palabra. Era amarga, áspera y estaba recubierta por un matiz irónico especialmente molesto. Los raudales se le atascaron en la garganta. Durante un instante creyó que Ele iba a abrir los ojos, que iba a meterse con él por usar esa palabra y a decir algo acerca de los «sabelotodos». Y sobre que él era el mayor «sabelotodo» de los «sabelotodos». Pero por supuesto no dijo nada. Porque no podía.

La angustia empezó a crecer en el pecho de Ben. Era como si una flor abriera sus pétalos e inundara todo el espacio, como si se enredara en sus pulmones y trepara a través de la laringe impidiéndole respirar.

Ben oyó el primer aleteo.

Se dejó caer en la silla. Se aferró a los reposabrazos y se reprendió por perder el control. La silla era incómoda y el culo había empezado a dolerle hacía horas. No sabía cuánto tiempo llevaba sin salir de esa habitación. Podían haber sido días, semanas o años. Parecía que no había nada más, ni pasado ni futuro. Solo una habitación de hospital inmensa y una chica rota dentro de ella.

Pero Ben no tenía derecho a quejarse. Él estaba bien. Ella no. Ella era la que estaba tumbada en la cama. Y la gente que se tumbaba en camas de hospital y estaba recubierta de tubos y cables, no estaba bien.

Observó la inmovilidad de Ele, la bata blanca y la sábana que la cubría (también del mismo color). Ben había acabado por odiar el color blanco. Aunque si Eleanor hubiera estado despierta no habría pensado igual. Le gustaría la uniformidad que

se respiraba en el ambiente, que no hubiera ninguna mancha de color que empañara el conjunto.

El primer día le pusieron unos calcetines azules, pero Ben pidió

(exigió)

que se los cambiaran por unos blancos. La enfermera no entendió la insistencia ni la importancia que podía tener esa petición

(exigencia),

pero ante la expresión de ferocidad que transmitía el rostro de Ben, acabó por aceptar. Al fin y al cabo, no le costaba nada hacer un poco más feliz a la chica de piel marmórea, pecho de papel y ojos oscuros que dormía sobre la cama y que estaba tan desgastada que parecía desdibujarse ante su vista.

Ben se clavó las uñas en la palma de la mano. Le entraron ganas de gritar, de abrir la ventana e insultar (y eso que él odiaba los insultos) a todo el mundo, de zarandear a alguien solo para conseguir que le zarandearan a él, para salir de ese sitio horrible en el que se encontraba.

Ben no podía mirar a Eleanor, pero tampoco podía despegar la mirada. Parecía demasiado pequeña e indefensa. Una figura de cristal tan frágil que daba miedo. Algo hizo *crac* en su interior. Un *crac* muy similar al que haría la madera al resquebrajarse. Un *crac* que hizo que se le saltaran las lágrimas a pesar de que se había prometido que no lloraría, que sería fuerte. Pero no era justo.

Bebió un sorbo de café y puso una mueca al notar su sabor amargo. No le gustaba, pero lo había comprado en la máquina



expendedora de la planta para mantenerse despierto y no perderse ni un segundo. Tenía miedo de cerrar los ojos y que al abrirlos ella ya no estuviera.

(Eso no iba a pasar nunca, por supuesto).

(¿Verdad?).

(¿Verdad?).

No sabía cómo no dejarse llevar por el pánico cuando había un monitor frente a él que le mostraba cada una de las pulsaciones que reverberaban en el pecho de Ele. Clavó la mirada en el edificio gris de enfrente. Al menos, no era blanco. Era horrible. Pero cualquier cosa que no fuera blanco le servía. Delante de él, en una de las ventanas, había una mujer tendiendo ropa. Detrás, a sus espaldas, había una habitación opresiva y una chica que debería sonreír pero que no lo hacía. El *crac* de antes se hizo más grande y lo llenó todo. Una mancha oscura oprimió sus costillas.

Siguió mirando el tendedero sin encontrar ninguna lógica. No entendía cómo era posible que la gente siguiera con sus vidas con lo que estaba pasando. Con Ele tumbada en la cama. ¿Podría ser que ellos no sintieran ese dolor en el pecho como si se fueran a resquebrajar en cualquier momento?

Los hombros se le sacudieron por los sollozos. Un mar se abalanzó desde sus ojos y cubrió el suelo por completo.

—Podrías guardarte las lágrimas para cuando me muera. Se llama ahorrar. —La voz era débil y rasposa. Ele habló por primera vez en muchas horas y, como era habitual en ella, lo hizo en el momento menos oportuno y con las palabras menos adecuadas.

Se giró hacia ella y, a pesar de que quería hablarle con suavidad porque estaba débil, a pesar de que quería correr hasta ella, abrazarla y no soltarla nunca, el tono que se le escapó fue seco. No tenía derecho a hablar para decir eso. No podía coger algo horrible y llenarlo de humor. No funcionaba así.

—No tiene gracia. Y no digas esa palabra.

—¿Cuál? —Parpadeó—. ¿Muerte? ¿Morir? ¿Entierro? ¿Ataúd?

—Para. —En esa habitación no había lugar para la muerte.

Ele le mantuvo la mirada. Se hizo un silencio largo. Uno que se extendió hasta convertirse en infinito y que se llenó de imposibles y ojalás. De un futuro distinto que no podían tener por mucho que cruzaran los dedos y rezaran a dioses que hacían oídos sordos a sus súplicas.

Ben fue el primero en rendirse, pero en esa ocasión no fue como siempre, no apartó la mirada porque los ojos de Ele resultarían intimidantes y aterradores. Retiró la mirada porque también sus ojos se habían roto y se habían llenado de un cansancio pesado y denso. Y Ben pensaba que nunca jamás nadie podría quitarle eso. Sus ojos, no.

—¿Me puedes acercar el agua? —pidió—. Tengo la boca seca.

Ben se apresuró a alcanzar la botella de agua y se la ofreció. Eleanor bebía lentamente, con tragos muy pequeños.

(Tan pequeños como ella).

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera atropellado un camión. Bueno, nunca me ha atropellado uno, pero ya me entiendes. —Ni siquiera le quedaban fuerzas para elevar mínimamente las comisuras de los labios.

Ben la entendía.

(Que estaba hecha polvo, que no le quedaba mucho).

El pánico se apoderó de él. Ben escuchó el segundo aleteo.

«Por favor. Por favor. Por favor».

—¿Quieres algo? Puedo traerte comida, o puedo encender la tele, o puedo llamar a tu madre para que entre... —Cogió velocidad, mucha velocidad. Si había velocidad, no podía haber pausa. Y si seguía moviéndose y hablando, moviéndose y hablando, seguro que Ele también seguiría haciéndolo. Y no habría pausa. No cerraría los ojos y no se quedaría tendida e inmóvil como si estuviera...

(No. No podía decirlo. No podía decir esa palabra. No junto a su nombre).

Ella cortó la vorágine que le estaba arrastrando. Se había hecho experta en eso: en adivinar cuando perdía el control y las avispas inundaban su cabeza. Y siempre conseguía sacarlo de ahí.

—Acerca la silla, siéntate y solo dame la mano, ¿vale?

Ben lo hizo. Acercó la silla, se sentó y le cogió la mano. Y dolía. Porque sus dedos eran muy finos y estaban helados. Casi como si empezaran a perder consistencia. La mano de Eleanor entre las de Ben se convirtió en un colibrí al que tenía miedo de dejar escapar.

(No podía hacer eso).

Y ella tenía que entenderlo.

—¿Podemos jugar una vez más? ¿Podemos irnos de aquí?
—imploró Eleanor.



Ambos sabían lo que significaba «una vez más»: la última.

Pero a pesar de saberlo, Ben no tuvo fuerzas para negarse. No cuando su voz sonaba fina y desgarrada, como si pendiera de un hilo.

(Un hilo a punto de)

No.

(romperse).

A Ben le costó mantener el pecho unido y evitar que se le rasgara en dos.

Pero habría hecho cualquier (cualquier) cosa por ella, así que se tragó el dolor que le atenazaba las extremidades, el estómago y cada poro de su cuerpo, y le concedió esa última petición.

—Claro. Cierra los ojos.

Ben le dedicó una mirada larga. Intentó memorizar sus rasgos: el rostro en forma de corazón, la nariz fina, los pómulos marcados, los labios agrietados. Las venas que se le marcaban por debajo de la piel. La pelusa suave que cubría su cabeza.

(Era preciosa).

La luz que entraba por la ventana brillaba sobre Ele y por un momento a Ben le pareció que estaba recubierta de polvo de hadas y que pronto (muy pronto) echaría a volar.

Ben cerró los ojos y el cuarto blanco desapareció y fue sustituido por la oscuridad. Lo único que evitó que el miedo le acorralara fue el colibrí que aleteaba entre sus dedos.



CAPÍTULO UNO

Ben

LAS DIEZ COSAS QUE MÁS ODIABA EN EL MUNDO

1. Las avispas que revoloteaban dentro de su cabeza
2. Las notas académicas
3. Los fines de semana con su padre
4. Que le llamaran Benjamín
5. No cumplir las expectativas del resto
6. No tener el control de lo que ocurría a su alrededor
7. Los silencios incómodos
8. Que no apreciaran su humor
9. Las palabrotas
10. Las arañas

Ben daba golpes rítmicos con el pie contra el asfalto.

Ben se pasaba la mano por la cara.

Ben lanzaba suspiros dramáticos al aire.

No llevaba bien la impuntualidad de la gente. Volvió a comprobar la hora por quinta vez en un minuto. Nada más sacar la mano de dentro del bolsillo se arrepintió. La escondió rápidamente y se arrebujó en el abrigo. Llevaba varias capas de ropa: camiseta térmica, jersey, abrigo e incluso un gorro de punto. A pesar de ello, seguía teniendo frío. El aire helado se le metía por dentro y se le pegaba a los huesos. Y eso que aún estaban en noviembre. Ben no sabía cómo iba a resistir el resto del invierno.

Al menos el gorro le protegía gran parte de la cara. Era una prenda horrible y Ben no quería imaginarse lo que parecía con él puesto. Habían entrelazado lanas de distintas tonalidades de ocre y lilas que no combinaban ni combinarían jamás, pero se lo había regalado Ariadna el año anterior por su cumpleaños «para que no se te congelen las *pocas* ideas que tienes». Ben no supo si debía enfadarse por el insulto o sonreír por el regalo. Hizo una mezcla entre ambas. Le salió una mueca tan extraña que Ariadna le preguntó si necesitaba ir al baño.

Después de la sorpresa y del golpe visual que supuso, empezó a usarlo. O quizás sería más acertado decir que empezó a usarlo después de que Ariadna amenazara con llenar su habitación de erizos.

(Ariadna estaba obsesionada con los erizos. Ben no sabía por qué. Tampoco quiso preguntar).

Unos minutos más tarde, un chico bajito apareció a lo lejos. Tenía el pelo rizado, la piel llena de acné y una sonrisa que nunca presagiaba nada bueno. Llegó a la altura de Ben con el aliento entrecortado, muestra visible de que se había vuelto a dormir y venía corriendo desde casa.

—¿Qué ha sido hoy? —preguntó Ben mientras echaba a andar con grandes zancadas. Aún les quedaba un buen trecho para llegar al instituto—. ¿Se te ha quemado el desayuno, a tu madre le ha tocado la lotería o se te ha escapado el gato?

(Rodri no tenía gato).

—Lo del desayuno fue verdad. Una vez. —Se encogió de hombros.

—¿Las otras ocho no?

—No. Supongo que no.

Rodri le lanzó una mirada que pretendía ser inocente, pero que no lo conseguía ni de lejos. Se había convertido en una costumbre para ambos. Cada día Rodri se inventaba una excusa disparatada e inverosímil y cada día Ben lanzaba un suspiro dramático, ponía los ojos en blanco y lamentaba lo que fuera que hubiera hecho en su vida anterior para merecer eso.

—En realidad no he escuchado la alarma. Tengo programadas diez, una cada cinco minutos, pero no sirve de nada porque las apago y sigo durmiendo.

—Eso es...

—¿Muy inteligente?

Ben sacudió la cabeza, con una ligera sonrisa en los labios, dando a Rodri por perdido.

—Venga, acelera, que no quiero llegar tarde por tu culpa.
—Solo de pensarlo, Ben se ponía nervioso.

—El mundo no va a explotar si llegas tarde por una vez en tu vida.

—Mejor no lo comprobemos, ¿te parece? Creo que después de la pandemia a la humanidad no le haría ilusión una nueva catástrofe. Prescindamos de provocar la destrucción del mundo tal como lo conocemos.

Rodri fingió pensar.

—Bueno, dicha extinción acabaría con las escuelas. No parece tan mala idea. Por cierto, ¿me dejas los ejercicios de mates en el descanso? —preguntó poniéndose a su altura—. Se me ha olvidado hacerlos.

(O lo que era lo mismo: se había acordado, pero le había dado pereza apagar la Play y sacar la libreta de la mochila).

Además, aunque lo había formulado como una pregunta, Rodri ya sabía la respuesta. Ben nunca ponía objeciones, así que ¿para qué iba a perder el tiempo haciendo deberes cuando tenía un amigo listo y trabajador del que poder copiarse? La mayor parte de la vida de Rodri estaba regida por la regla del mínimo esfuerzo.

(La pereza).

—Claro —respondió.

—Guay. Te debo una.

—Me debes tantas que no vas a poder devolvérmelas aunque vivas tres siglos.

—Por suerte para mí no voy a tener que preocuparme de eso porque voy a morir joven.

Ben enarcó las cejas.

—Esa no me la conocía.

—Sí. El otro día me puse a pensar y...

—Ah, ¿pero tú piensas?

—A veces. Cuando me apetece. Total, que me puse a pensar en cómo sería mi vida y tuve la sensación de que no llegaría a hacerme muy mayor.

—Todo eso suena a que está científicamente comprobado, ¿eh? —Se metió con él.

Rodri le ignoró.

—Igual muero de un accidente, de un infarto o de cáncer. De cáncer podría ser. ¿Sabes que es una de las causas de mortalidad más elevadas del siglo XXI? Mi padre dice que tiene que ver con los teléfonos móviles y los microondas, pero vete tú a saber, mi padre se inventa la mitad de lo que dice.

En ese momento alguien chocó contra el hombro de Ben y estuvo a punto de hacerle caer de bruces. Ben recuperó el equilibrio en el último momento. Levantó la mirada esperando una disculpa. En cambio, se encontró con unos ojos negros y penetrantes y una mueca de desprecio. Eso fue todo lo que necesitó para darse cuenta: la chica que estaba a su lado no había tropezado con él por error; le había empujado deliberadamente.

—¿Qué...?

—Imbéciles —escupió antes de seguir andando.

La mandíbula de Ben se quedó abierta por la sorpresa un buen rato y fue una suerte que no hubiera ninguna mosca ni

ningún mosquito revoloteando por allí. Rodri fue el primero (y el único) en reaccionar.

—Eh, *arcoiris* —la llamó—. ¿Qué problema tienes?

Ambos conocían a la chica que había chocado con Ben. Iba con ellos a clase, se llamaba Eleanor y había entrado nueva al instituto ese mismo año. No se relacionaba con nadie y cuando abría la boca lo único que salía por ella eran palabras secas y afiladas. Era antipática y muy, muy desagradable. A nadie le caía bien.

Eleanor no respondió a la provocación de Rodri. La vieron alejarse con pasos rápidos. La melena corta de color carbón se movía de un lado a otro. Los mechones eran finos y suaves y le llegaban a la altura de los hombros. Era de constitución delgada, de huesos finos y largos. Tenía los labios pequeños y un rictus de desagrado siempre presente en ellos. La mayor parte del día no lo veían porque llevaba puesta la mascarilla dentro de clase, pero no era difícil de intuir.

El mote que le habían puesto en clase venía por la manera tan curiosa que tenía de vestir. No era que vistiera mal ni que utilizara prendas extravagantes, sino que cada día vestía de un color distinto. Los modelos que llevaba debían encajar dentro de un mismo espectro monocromático. Sin ir más lejos, ese día vestía con una chaqueta, un jersey, un pantalón vaquero y botas que oscilaban entre las distintas tonalidades de azul. Azul claro, azul oscuro, azul turquesa, azul violáceo...

Ben suponía que lo mismo pasaba con su ropa interior.

(No es que se lo hubiera preguntado ni que tuviera intención de hacerlo, claro, pero habría sido lo lógico).

—Déjalo estar. —Puso la mano sobre el brazo de Rodri como si temiera que echara a correr detrás de Eleanor, cosa que, conociendo sus antecedentes, no era del todo improbable—. Si te metes en otro lío, te abren un expediente. No vale la pena.

—Te estaba defendiendo.

—No necesito que me defiendas.

—¡Pero te ha tirado al suelo! —exageró—. Alguien tiene que decirle algo a esa tía. Se lo está buscando ella solita.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pegarle? ¿Insultarle? —dijo apelando al sentido común. Ben era partidario de evitar los problemas y las discusiones, básicamente porque eran situaciones que propiciaban la aparición de las avispas—. Lo mejor es pasar de ella.

—¿Lo mejor para quién? —gruñó.

—¿Has conseguido pasarte el nivel del videojuego? —Cambió de tema. Sabía que esa pregunta le haría perder el interés en Eleanor y provocaría un monólogo de diez minutos en el que le contaría con pelos y señales la partida de la tarde anterior. Y por suerte, así fue.

Ben le dejó hablar, pero no le prestó mucha atención porque seguía pensando en Eleanor.

En realidad, era más que su compañera de clase. Eleanor era (por desgracia) su vecina. Ben vivía en el número 32, Eleanor en la acera de enfrente, al final de la calle, en el número 81. La había visto por primera vez un par de semanas antes de empezar el instituto, en la frutería. Llevaba los cascos puestos y parecía totalmente ausente del mundo que le rodeaba.

La sorpresa llegó cuando la vio en su misma clase. Ese primer día, a la salida del instituto decidió esperarla para volver juntos a casa. Parecía lo lógico, ya que ambos iban a hacer el mismo trayecto. Además, Ben sabía lo difícil que era ser nuevo. Aún recordaba primero de la E.S.O. y lo aliviado que se había sentido cuando Rodri y Álvaro (León se unió al grupo en tercero) le habían acogido en su grupo sin hacer preguntas.

Ben pensó que podía ayudar a hacerla sentir más cómoda.
(Pensó mal).

Las réplicas de Eleanor habían sido secas y cortantes. La mirada clavada en el frente, las manos convertidas en puños y el fastidio que reflejaba su rostro le habían dejado claro desde el primer momento que no era bienvenido. Su actitud era fría y altanera. Se había puesto los cascos mientras Ben hablaba y había acelerado el paso hasta dejarle atrás.

Las avispas no habían tardado mucho en aparecer. Ben se había quedado en la calle con el corazón bombeando a un ritmo frenético.

Después de eso, no había vuelto a acercarse a ella. Eleanor y Ben habían establecido un acuerdo tácito: cuando se veían por el barrio se ignoraban mutuamente. Hacían lo mismo en clase.

Aunque empujar e insultar no era *exactamente* lo que Ben entendía por «ignorar a alguien».

A Ben no solía caerle mal mucha gente. La lista era corta.
Su padre.

Una profesora de primaria.

El perro que le mordió de pequeño.

(Aunque el perro no fuera una persona también contaba. ¿No?).

Y ahora, Eleanor. La chica rara de la última fila.



Llegaron justos a clase, apenas treinta segundos antes de que sonara el timbre. Ben lanzó una mirada fulminante y susurró un «a la próxima no te espero» que Rodri decidió ignorar. Todos los días que estaban a punto de llegar tarde (el 90% de las veces), Ben profería la misma amenaza. Nunca la cumplía, pero decirla en voz alta (o en un susurro) le hacía sentir un poco mejor.

La profesora favorita de Ben, Laia, entró y pidió silencio. Impartía la asignatura de fundamentos del arte y sus clases siempre eran divertidas e interesantes. A diferencia del resto de profesores, no se pasaba el tiempo que duraban sus clases proyectando powerpoints que no se había molestado en cambiar desde hacía diez años. Utilizaba herramientas diferentes y Ben siempre salía motivado de clase, cosa que resultaba bastante poco habitual en el instituto.

Llevaba un jersey con flores bordadas y el pelo recogido en una trenza. Sus tacones repiquetearon por el suelo con un sonido agradable. Ben sacó la libreta roja y el estuche. Dejó los dos bolígrafos y el lápiz perfectamente alineados a su izquierda y el typex y la goma de borrar a su derecha, preparado para empezar a tomar apuntes.

—Buenos días. —Laia sonrió con afabilidad—. He preparado una actividad especial para hoy. Necesito que vengáis todos a la pizarra conmigo para que redistribuyamos los pupitres. Diré vuestros nombres de dos en dos. Vamos a hacer una actividad por parejas, así que cuando escuchéis vuestro nombre, os sentáis.

Ben resistió el impulso de poner los ojos en blanco. Odiaba los trabajos en grupo. No le gustaba que sus notas dependieran de otras personas.

Laia empezó con los nombres. Ben tardó poco rato en darse cuenta de la lógica que estaba usando para emparejarlos: estaba leyendo la lista de clase, esa que seguía el orden alfabético. Se puso pálido al entender lo que eso implicaba.

«Oh, no».

El nombre de Eleanor apareció justo inmediatamente después del suyo.

«Oh, no».

No era solo que le cayera mal y que tuviera un gusto extraño para la ropa, sino que Eleanor faltaba mucho a clase. Había semanas en las que no se dejaba ver por el instituto y Ben no podía permitirse trabajar con alguien así. Su media no podía descender.

«Oh, no».

Eleanor ni siquiera se dignó a mirarle al escuchar su nombre. Tampoco se movió del sitio.

—Chicos, es para hoy —les apuró Laia al ver que ninguno tenía intención de ir hacia los pupitres.

Ben y Eleanor iniciaron una competición para ver quién tardaba más en llegar al pupitre. Eleanor acertó sus pasos, Ben redujo el ritmo. El segundero del reloj avanzaba. *Tic, tac. Tic, tac.* Ben no podía ver la expresión del rostro de Eleanor porque estaba escondida bajo una mascarilla (a juego con el *outfit* del día), pero podía intuir que debía ser una mezcla entre el desagrado y la más absoluta indiferencia. Por su parte, Ben tenía el cuerpo tenso y los dedos crispados. Se sentía amenazado. Y cuando se sentía amenazado las avispas no tardaban en aparecer.

Cuando se sentaron, Ben tragó saliva. Habría deseado estar en cualquier otro lugar con cualquier otra persona.

—La persona con la que estáis sentados va a ser vuestra pareja durante las próximas tres semanas. —A Ben casi se le desencajó la mandíbula de su sitio. Eleanor emitió un resoplido bien sonoro mostrando su disconformidad—. Os voy a mandar un trabajo que, si está bien hecho y os lo curráis, sustituirá el próximo examen de la asignatura. Pero no intentéis colármela, no voy a aceptar chapuzas. Los trabajos que no me parezcan aceptables irán a recuperación. La fecha de entrega será el lunes 18 de diciembre, justo una semana antes de las vacaciones de Navidad.

—¿No hay opción de hacer el trabajo sola? —alzó la voz Eleanor. El resto de los alumnos se giraron en su dirección, sorprendidos. Eleanor rara vez participaba en clase.

Laia enarcó la ceja.

—No.

—¿Y de ir directamente al examen?

Sonaron un par de risas por el fondo y las mejillas de Ben se tiñeron de carmesí. Inspiró y espiró.

—Eleanor, está decidido. Ben y tú vais a ser compañeros. ¿Hay algún problema?

—Muchos —musitó en un tono de voz elegido a conciencia para que solo Ben pudiera escucharla.

—Abrid el libro por la página 57, voy a explicaros qué es lo que tenéis que hacer.

—Yo también habría preferido ir con otra persona. —Ben necesitó dejar claro que tampoco él estaba a gusto.

—Vale. ¿Y? ¿Quieres que te dé la enhorabuena?

Laia estaba hablando, pero ninguno de ellos la escuchaba.

—Oye, ¿tienes algún problema conmigo? —preguntó Ben, mosqueado. No entendía qué había hecho para que Eleanor le tratara así.

Ella se encogió de hombros.

—No más que el que tendría con cualquier otra persona.

—¿Se supone que eso me tiene que reconfortar?

—No. No era mi intención hacerte sentir mejor.

Ben resopló y clavó la mirada en el frente. No se sentía cómodo en esa silla. Aunque el problema no era la silla, sino la chica estirada e insoportable que estaba sentada a su lado. Se había colocado un auricular en la oreja derecha y no hacía caso de lo que estaba diciendo Laia. Ben presentía que los problemas no habían hecho más que empezar.

—¿Tienes alguna preferencia sobre el tema del trabajo?
—preguntó cuando Laia acabó la explicación. La voz de Ben

sacó a Eleanor de sus ensoñaciones y por la mirada que le dirigió, no debió gustarle lo más mínimo.

—¿Qué?

—¿De qué quieres hacer el trabajo? —repitió Ben armándose de paciencia.

—¿No puedes elegirlo tú? Eres el empollón, ¿no? Se supone que se te dan bien estas cosas.

Los ojos de Eleanor eran raros. Aunque su peculiaridad no radicaba en la forma (ojos grandes y almendrados) ni en el color (castaño muy oscuro, casi negro), sino en la manera que tenía de mirar a la gente. Clavaba los ojos en la otra persona sin ningún tipo de tapujo ni prisa. Sus ojos eran directos, inquisitivos y penetrantes. No le importaba ser maleducada y nunca (nunca, nunca, nunca) era la primera en apartar la mirada. Ben no fue la excepción. Solo aguantó un par de segundos antes de desviar la mirada y rascarse el cuello.

—Dudo que mis gustos sean los mismos que los tuyos.

—Eso por descontado. —Había cierta condescendencia oculta en sus palabras—. Pero cojas el tema que cojas, va a seguir resultándome indiferente el trabajo. No me interesa. Te dejo la elección del tema, Benjamín.

—Ben —corrigió automáticamente. No pudo evitar una mueca al escuchar su nombre completo.

—¿Que vaya dónde? —Sus ojos reflejaron una confusión absoluta. Elevó el mentón y algo en esa posición trajo a la mente de Ben la imagen de un cervatillo olisqueando el aire.

Ben no pudo disimular una sonrisa diminuta.

Eleanor frunció el ceño.

—No. Digo que me llames Ben, no Benjamín.

—Ah.

(Pausa.

Pausa larga).

Ben se mordió el labio y abrió la boca. No sabía qué decir, pero no estaba cómodo con ese silencio que se extendía y lo llenaba todo. Antes de que pudiera soltar alguna tontería que le habría dejado en ridículo (¿más aún?) y que habría conseguido empeorar la opinión que Eleanor tenía sobre él (¿más aún?), el timbre le salvó.

Ben se tragó el suspiro de alivio.

—Bueno, pues... adiós, supongo. Nos vemos el jueves.

—Nos vamos a ver todos los días, estamos en la misma clase —rebatió Eleanor con una lógica aplastante.

—Me refería a... —Hizo aspavientos con la mano— sentarnos juntos, trabajar y esas cosas, ya sabes.

Eleanor no contestó, se colocó el otro auricular, cerró los ojos y se dispuso a ignorarlo.

(Para consternación de Ben, se le daba tremendamente bien).

CAPÍTULO DOS

Ben



Ben nunca había agradecido tanto que llegara la hora del recreo. Al salir al patio sintió que respiraba bien por primera vez desde que había empezado el día. Se dirigió con sus amigos a la esquina del descampado de la que se habían adueñado. Eran los dos metros cuadrados más cotizados porque representaban un punto ciego en la ronda que hacían los profesores. Rodri se había metido en un par de peleas para hacerse con él.

(Ben se había limitado a mirar y a angustiarse al pensar en la bronca que les caería si los descubrían).

León se apoyó en la valla y sacó un cigarrillo de la chaqueta de cuero. Álvaro desenvolvió el bocata con parsimonia. Sus movimientos eran lánguidos y su cuerpo una mezcla de líneas suaves. Rodri, en cambio, se paseaba de arriba abajo con nerviosismo.

—No entiendo por qué tienen que cambiarnos de sitio y obligarnos a trabajar por parejas —protestó este último—. Cuando sea presidente crearé una ley que prohíba los trabajos en grupo.

—Para llegar a presidente tienes que aprobar *alguna* —respondió León con una sonrisa. El humo escapó entre sus labios.

—En realidad no —replicó Rodri—. Si soy presidente puedo comprar los títulos. Eso es lo que hacen la mayoría de políticos, ¿no?

—No sé por qué te quejas. Adoras los trabajos en grupo porque así no haces nada —apuntó Ben que, para su desgracia, sabía por experiencia de lo que hablaba.

—Qué va, eso es solo si voy contigo —refunfuñó—. Si voy con otras personas, *finjo* que hago algo. Y lo peor es que a veces incluso me toca hacerlo.

—Tampoco es tan malo —intervino por primera vez Álvaro. El brillo de sus ojos no presagiaba nada bueno—. Podría ser peor. —Hizo una pausa larga y dramática—. Podrías ir con Eleanor.

Ben encajó la broma como pudo.

(No muy bien).

—Ups, ¿es demasiado pronto para los chistes? —siguió con una sonrisa lobuna, sin lamentarlo lo más mínimo—. ¿Qué tal ha ido? ¿Es simpática *Miss Arcoíris*?

—¿Es necesario que conteste o es puro cachondeo?

La expresión de Álvaro fue toda la respuesta que necesitó.

—Mentiría si dijera que me sabe mal, Ben. Que te la comas tú implica que no nos la comemos el resto —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Comerme a Eleanor? ¿En serio? ¿No podías haber usado otro verbo?

—Quién sabe, podéis pasar de *classmates* a *lovers* —Las cejas rubias de Álvaro formaron un arco perfecto—. Puede surgir una bonita historia de amor entre vosotros.

—Tío, ya no estás en Inglaterra de intercambio. A mí háblame para que lo entienda —protestó Rodri. Siempre hablaba de una manera descuidada, como si le diera pereza pronunciar todas las letras y algunas decidiera pasarlas por encima. Como si fuera demasiado esfuerzo y, desde luego, no le valiera la pena hacerlo.

—Me voy a buscar nuevos amigos —musitó Ben.

—Piensa en la fiesta y en lo bien que lo vamos a pasar celebrando el final de los exámenes —se unió León intentando relajar el ambiente y dejando atrás el tema de Eleanor—. En nada te has olvidado de todo esto.

Ese mismo viernes Álvaro iba a celebrar una fiesta en su casa aprovechando que sus padres se iban al pueblo. Los cuatro llevaban organizándolo más de un mes y toda la clase había sido invitada.

(A excepción de una persona).

—Primero tengo que llegar al viernes con vida. —Y, dadas las circunstancias, cada vez parecía más complicado.

—Puedes invitar a Eleanor a la fiesta si te hace feliz —pinchó Álvaro, manteniéndose en sus trece.

—No tiene gracia.

—Un poco sí —afirmó Rodri.

León sacudió la cabeza indicándole que no valía la pena hacerles caso. Cuando se ponían en ese plan lo mejor era ignorarles hasta que se les pasara.

—Mi hermano comprará el alcohol —dijo, por fin, Álvaro, centrándose en cosas que le interesaban más—. ¿Vendréis antes para ayudarme a prepararlo todo?

—Yo no puedo, mi madre trabaja y tengo que quedarme hasta las nueve con Ariadna.

—Yo voy, pero solo si puedo empezar a beber cuando llegue.

—Deja algo para el resto, Rodri. —León lanzó el cigarro a través de la verja y se pasó una mano por los mechones negros. Aunque nunca se lo había dicho, Ben opinaba que, con sus chaquetas de cuero, los cigarros y la seguridad que rozaba el límite con la arrogancia, León tenía un aire a Danny Zuko.

(*Grease* era la película favorita de su madre y Ben había perdido la cuenta de las veces que la había visto. Se sabía todos los diálogos de memoria. Cuando su padre los dejó, se la puso sin pausa a su madre en un intento desesperado por ayudarla).

—No te prometo nada. Tengo infinitas penas que ahogar.

—Y a todo esto, tú y Silvia... ¿qué? —Álvaro tenía una nariz aguileña, muchas pecas, el pelo del color del trigo y ese día estaba especialmente (demasiado) risueño. Ben se preguntó cómo de mal estaría levantarse y pegarle un puñetazo.

Por suerte para Álvaro, Ben no acostumbraba a pegar puñetazos a la gente.

(De momento).

—¿Qué de qué?

—No te hagas el tonto que no cuela. Habrá alcohol, música... Igual es buen momento para... —Rodri se unió a la conversación.

—¿Para...? ¿Podéis formular frases completas con significado o es demasiado complicado para vosotros?

—Yo suspendí lengua el semestre pasado. No me pidas mucho —respondió Rodri.

—¿Vas a lanzarte? —Álvaro no se anduvo con rodeos. Incluso León dejó de lado el móvil y le miró con atención.

—No.

—¿Por qué?

(Porque Ben tenía miedo al rechazo. Prefería no intentarlo a intentarlo y que saliera mal).

—Manteneos alejados de ella —gruñó.

—La pandemia ya ha acabado, Ben —dijo Rodri.

—Ja ja, muy gracioso. Lo digo en serio. No la fastidiéis.

—Bueno, yo solo digo que lo que pase en casa de Álvaro, se queda en casa de Álvaro —insinuó Rodri.

—¿Igual que la inteligencia que te has dejado en tu casa? ¿Funciona igual? —preguntó, ligeramente mosqueado.

—Ja ja, muy gracioso —le imitó Rodri y, acto seguido, le hizo un corte de mangas.

—Silvia y yo somos amigos. Ya está. No hagáis nada que me pueda avergonzar.

—No te preocupes, eso ya lo haces tú solito. —Álvaro le lanzó un beso.

Ben se arrepintió. Debería haberle dado el puñetazo.



Nada más llegar a casa, un terremoto con muchas pecas y una sonrisa radiante se abalanzó sobre Ben.

—Tete, te he echado de menos.

Ben se agachó a la altura de su hermana y le alborotó el pelo.

—Pero si me has visto esta mañana.

—¿Y qué? Te he echado de menos —repuso con la lógica aplastante de las niñas de siete años. El pecho de Ben se inundó de calidez—. Toma, la yaya y yo hemos hecho galletas —dijo acercándole una bandeja llena de galletas con una pinta espectacular. El estómago de Ben respondió soltando un rugido. Ben cogió una con avidez, le pegó un mordisco y por poco se quedó sin dientes.

—¿Cómo están?

Ben tragó con dificultad

(le costó varios intentos hacer descender esa masa compacta por el esófago),

y se obligó a poner una sonrisa y a hacer la mejor actuación de su vida.

—Muy buenas. Buenísimas. ¿Me das otra? —Esperó que Ariadna no notara lo falsa y chillona que sonaba su voz.

—¿Sí? —La ilusión recubrió sus palabras—. ¿Te ha gustado?

Ben masticó a duras penas. De sabor estaban buenas, sabían a almendra y canela. El problema era cómo llegar al sabor sin perder los dientes por el camino.

—Me ha encantado. ¿Tú las has probado?

Se encogió de hombros y se mordió el labio.

—Sí, pero están un poco duras —murmuró entre dientes.

—¿Duras? ¿Qué dices? Están perfectas. —«Ay, Dios».

—¿Sí? —Ben asintió con vehemencia y la sonrisa volvió a dibujarse en la cara de Ariadna. A Ben le gustaba mucho más así—. ¿Te dejo alguna más? Así te da energía para estudiar.

—Claro que sí. Déjame todas las que quieras. —El Óscar, Ben se acababa de ganar el Óscar a mejor actor protagonista.

Ariadna le dejó una, dos, tres, cuatro... Ben palideció. Iba a tener que empezar a ahorrar para una dentadura postiza. Ariadna no se percató, estaba demasiado ocupada colocando una galleta encima de otra y formando una montaña perfecta.

—Ahhh —gritó de repente. Ben se asustó.

—¿Estás bien?

—Sí. Era un grito de ilusión, no de dolor. —Le miró con algo parecido a la desaprobación—. ¿No sabes distinguirlos? —Ben hizo un gesto vago con la mano—. La tía nos ha traído un regalo. Me acabo de acordar.

—¿Ah, sí?

Ariadna arrastró a Ben hasta el comedor y le puso un vaso de agua delante de los ojos.

—Tenemos una mascota.

Un pez naranja que se movía plácidamente se materializó frente a sus ojos. Su hermana llevaba meses insistiendo en que quería un perro, pero como no tenían espacio ni tiempo para cuidarlo, el perro pronto se convirtió en gato, el gato en periquito y el periquito en pez. Pero por la alegría que brillaba en los ojos de Ariadna cualquiera habría jurado que el pez había sido su primera opción.

—¿Cómo lo vas a llamar?

—No sé. Dame ideas.

Ben no se lo tuvo que pensar demasiado.

—Pezidente.

Ariadna arrugó la nariz.

—¿Por qué?

—Es un chiste.

—Pues es muy malo. No lo pillo y no tiene gracia.

Ben se sentía especialmente orgulloso de sus dotes humorísticas y el comentario de su hermana le dolió. Se obligó a tragarse la retahíla de nombres (todos buenísimos: pezcadilla, pézame, apezotoso...) que se le estaban ocurriendo. No valía la pena desperdiciar tanto talento en alguien que no era capaz de apreciarlo.

Ariadna miraba el pez con los ojos entrecerrados y la punta de la lengua asomando entre los dientes.

—Ya lo tengo. Se llamará Nemo.

—¿Nemo? —La indignación se coló en sus palabras.

—Sí, como la peli —le explicó ella como si fuera tonto.

—Ya sé que es por la peli. Pero, ¿eres consciente de que todo el mundo que tiene un pez naranja lo llama Nemo? No estás siendo original.

—Yo no conozco a nadie que tenga un pez naranja.

—Ese no es el punto... ¿No te gusta más Pezticida? ¿O Peztillo? —volvió a intentar.

—No. Nemo es precioso.

Ben se dio por vencido. Se preguntó si los peces comerían galletas. Quizás podía echarle unas migas sin que Ariadna se diera cuenta. Seguramente el agua ayudaría a reblandecerlas.

Ben entró en la cocina, le dio un par de besos a su abuela y se puso a acabar de preparar la comida. Como su madre trabajaba

más de la cuenta, su abuela les ayudaba en lo que podía, que, teniendo en cuenta su edad, tampoco era demasiado. Recogía algunos días a Ariadna de la escuela y se quedaba con ella hasta que Ben salía de clase. A veces también se quedaba por las tardes haciéndoles compañía.

—Conque un pez, ¿eh?

—La chiquilla lleva meses pidiendo una mascota, no he podido resistirme.

—Yaya, ¿qué está haciendo ahora el pez? —Ben dibujó una sonrisa amplia en la boca. Su abuela levantó la mirada del pimientito que estaba cortando y le interrogó—. Nada —dijo triunfal.

—Cielo, menos mal que se te da mejor cocinar que contar chistes, sino estábamos apañados.

Ben refunfuñó algo ininteligible entre dientes.

—¿Qué tal ha ido el día? —le preguntó unos minutos más tarde.

Ben solo dudó unos segundos antes de responder.

—Bien. —Omitió el episodio de Eleanor. No tenía sentido contárselo. Él solo podía (debía) gestionarlo.

—Tu hermana y yo nos vamos esta tarde de compras y a merendar. Necesitamos una pecera. Ven si quieres, así cambias de aires.

—No puedo. Tengo que estudiar.

—Siempre tienes que estudiar. También tienes derecho a descansar.

Ben sonrió débilmente.

—Estoy bien. De verdad.

Ella asintió, poco convencida.

—Por cierto, ¿sabes si los peces comen galletas? —preguntó Ben con toda la inocencia que consiguió imprimir en su voz.

—No sé. ¿Por?

—Nada. Curiosidad.

Ben necesitaba descubrir cómo trocear la galleta. Los dientes y las manos estaban descartados. Estaba más que conforme con sus treinta y dos dientes y sus diez dedos. No quería perder ninguno.

(Tendría que agenciarse un buen mortero).

